

LUNA



LUNA

AÑO II NOCHE DEL 4 AL 5 FEBRERO DE 1940 NUM 11

Sumario

LOS OJOS DE MELIBEA

"EL INFIERNO AZUL"

IF. de RUDYARD KIPLING, traducción de ANDRE MAUROIS

ROSARIO PINO

PRESENTIMIENTO (CUENTO)

ANTONIO APARICIO

ANTONIO DE LEZAMA

EDMUNDO BARBERO

AURELIO ROMEO

Cuaderno de Poesia: EMILIO PRADOS

NOTAS DE LECTURA

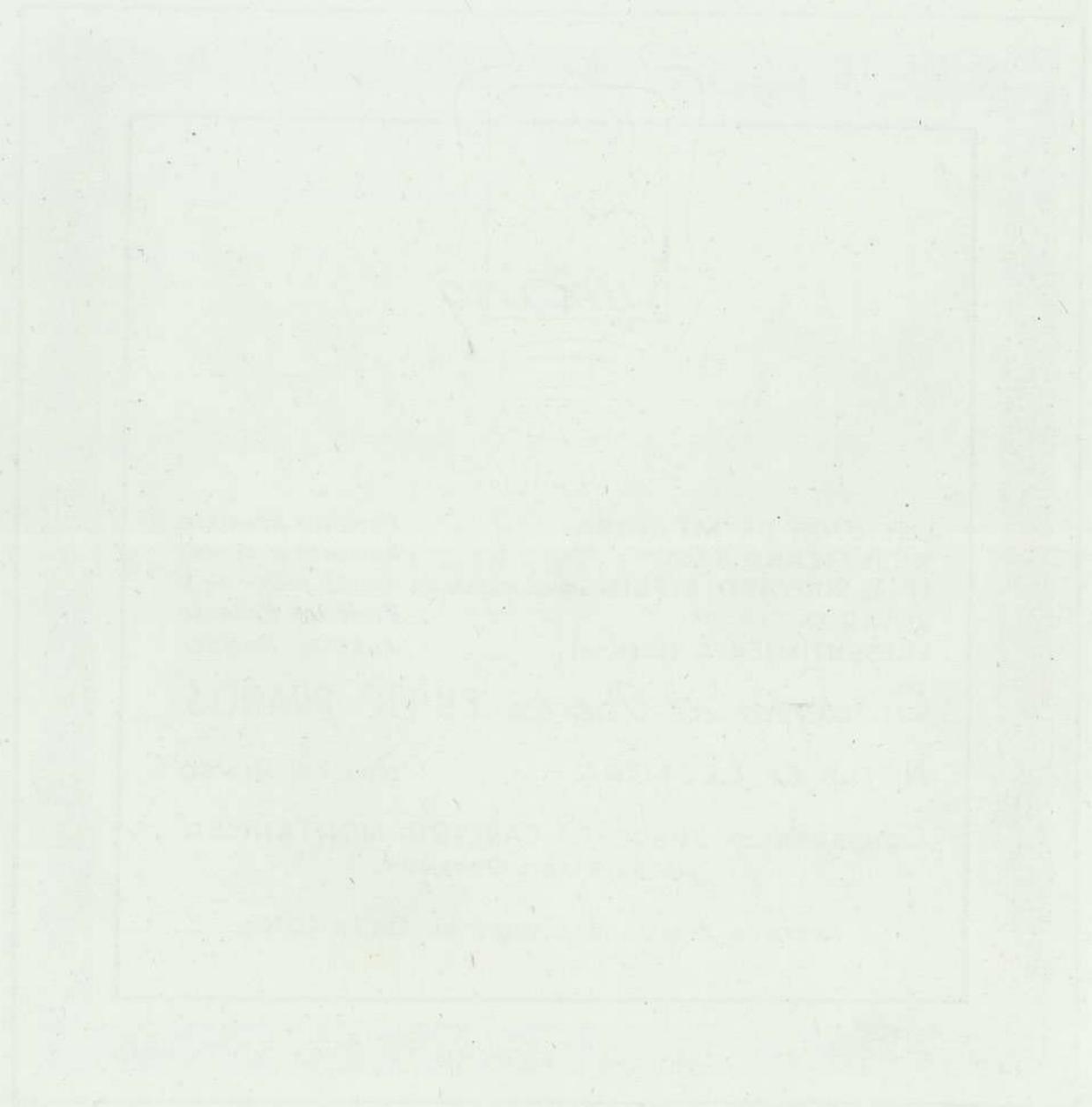
JULIO ROMEO

CONFERENCIA SOBRE LA CANCION MONTAÑESA
por SANTIAGO ONTAÑÓN

PORTADA E ILUSTRACIONES DE ONTAÑÓN

AMULET

AMULET



LOS OJOS DE MELIBEA

CORRE ya el mil cuatrocientos ochenta en los relojes de la vieja Salamanca, y por las Españas todo se vuelve tumultos y cuchilladas. Hay quien toma por el camino de enmedio. -que es el de la corte- y quien rige sus pasos hacia la soledad de esta pradera abandonada que se ofrece al descanso vencida la última esquina de la ciudad. Una tapia de piedra inculta cerca el huerto de Pleberio. A un extremo del huerto se alza la casa de Melíbea y allí, en alguna ventana, vereis los ojos verdes de la niña. A veces trae la brisa una voz dulce que canta tras un laud invisible. La niña guarda sus solterías entre cuatro redes doradas, pero al decaer el día le gusta dar al aire los ojos y la canción.

La tarde declina sus oros melancólicos sobre los marzanos gentiles y el agua suena sus collares de la alberca a los juncos. Guindos altivos, nogales seculares y un coro de jilgueros ateridos al borde de cada rama. Garcilaso ha de venir por estos sotos algún día para llevarselos en el vuelo de una estrofa:

En la ribera verde y deleitosa
del sacro Tormes, dulce y claro río,
hay una vega grande y espaciosa;

verde en el medio del invierno frío,
en el otoño verde y primavera,
verde en la fuerza del ardiente estío.

Pasan unos cielos llenos de promesas nupciales; cielos amorosos con el temblor de las estrellas hecho fábula antigua. Cielos transparentes de Castilla, de una poesía rutilante y diafana bajo los cuales la vi-

da va sonando a esquila pastoril y a idilio temeroso. Un alba de venturosas anunciaciones al cabo de cada confín azul sin presagios ni tormenta. Bajo el cielo sereno el huerto se mira en las aguas de los arroyos que se pierden custodiadas de mimbres cimbreañas, y cuando el sol languidece, un último rayo señala a un grave caballero que acude a este rincón de acogedoras soledades complice de sus abstracciones y sus parásitos: don Fernando de Rojas, judío converso, nacido en esa villa que llaman Puebla de Montalban.

Preciso es imaginar docto a este bachiller lleno de emocionadas razones que se le escapan por la boca hecha sentencia. Si cada ciudad tiene su cerco y fortaleza, el bachiller quiere adelantar la suya contra el amor; contra las flechas aceradas levantará una coraza de compactas meditaciones. El ha de ser quien plante el drama sobre cuatro estacas sangrientas que aun hoy quiebran la luz con sus púrpuras. Cuando Melibea deja ver en la ventana aquella mar de sus pupilas verdes, el bachiller, que teme resquebrajarse sus razones, apresta las armas contra el asalto. Enemigo leal bien sabe él el poder de aquella mirada que atraviesa un destacamento de húmedos eucaliptos. Si Melibea asoma el busto delicado, él ve venir contra sí todas las naves de la primavera. Estrellas y rosas y surcando el cielo un trino arrebatado. Ya por estos cauces el alma se pierde. Hay un camino de almendros líliales que hacen sombra al paso de la melancolía. Por estos prados, entre la hierba nerviosa, van prendidos mil deseos. No falta la melodía porque la primavera que se cuele por las puertas trae consigo su cortejo de ruiseñores celosos. Desde el laurel cae en arpegios toda la embriaguez del idilio. Endecha tierna y eterna, ¿quien no sueña apresarle?

Y todo el conflicto surge aquí compendiado en el breve espacio de un huerto florecido. Dilema que pasará entre las campanadas de los siglos, porque los siglos no podrán con él: De un lado el hechizo del amor quebrándose en las pupilas enclaustradas, de otro el bachiller hecho exégesis estoica de temores y renunciaciones. Un camino de cipreses rígidos o una alameda lluviosa de amores. Pero hay que decidir pronto porque los años vienen cuesta abajo y la pendiente es tentadora.

Por esta senda sumisa al mayorazgo prudente de los cipreses, suena una paz hecha deleite de reposada filosofía. A una orilla y a otra, suaves colinas, recios encinares y un paisaje coronado de nubes augus-

tas. Paz que entra por el alma para dejarla cubierta de serenidades. Ni un accidente en el camino, ni una duda en el alma tranquila. Si veis algún vuelo no serán sino águilas amigas de la calma augusta de las cumbres. El campo es un continuo otoño que no llega a declinar nunca. Doctas sirenas que huyendo por igual del amor y del dolor dan en la vida plena sin grandes deseos, sin grandes convulsiones.

Pero enfrente la majestad de los ojos de Melibea abre a nuestros sentidos un huerto tembloroso. Vibra una primavera en cada árbol vencido por el amor de las tórtolas. Pasa en ráfagas el efluvio de las vidas enervantes, y en la espesura, un nido se abre tíbiamente a la vida. "En mis brazos te tengo y no te creo. Mora en mi persona tanta turbación de placer que me hace no sentir el gozo que poseo" Estas son las razones de Calixto y esa turbación no es otra que la que la primavera derrama. Pero he aquí que al fondo del paisaje una agria sierra levanta sus cuchillas echando a rodar un romance dramático por sus faldas. Si es cierto que el amor es flor, la flor llama a la sangre con sus colores. Siempre de este cielo enamorado pende la espada de una amenaza. Quien no tienta el filo del destino, no puede apetecer sus frutos dorados.

Si eternos son los ojos de Melibea -Beatriz y Laura, Ofelia y Julieta-, si eternos son, dicha y desdicha son perennes en la pasión; yedra que el invierno de los tiempos no vence, ¿cómo vencerla con un corazón juvenil? Beatriz se perderá en los siete círculos de fuego, Laura dará a los altares lo que el toscano Petrarca soñó para soportar la vida; Ofelia vagará con la razón perdida y Julieta se anega el pecho de veneno ya anegado de envenenadas realidades. Queda el otro camino para los espíritus preparados, gente intelectual que anda con la cabeza y no con los pies del corazón. A favor de ello están las pirámides de la sabiduría y el pasar por la vida sin tomarle el sabor; porque si la vida está en el hielo de la escarcha y en las llamas del desierto, esos que no guardan ni cicatrices ni quemaduras, ¿qué han sacado de ella? Muchas razones y teorías, la cabeza revuelta y el alma de par en par seca y vacía. Pero al margen de la corriente del amor y de la tragedia -el amor, las mujeres y la muerte, de Schopenhauer-

corre una orilla interminable de poetas a los que el puñal fué atravesando lentamente sin escuchar una palabra de protesta. (Quevedo rinde su pensamiento veintidos años al aire de aquella Lisi de la casa de Medinaceli, que murió antes que la pasión muriera). Y donde esté la poesía, estará a no dudarlo, el sentimiento puro, libre de los dictados de la fría razón. Toda la poesía del mundo no es otra cosa sino exhortación a este destino trágico y amoroso.

Cuando el dolor os empieza a hacer ver claro en la vida, un tenebroso lago de soledad os envolverá por completo. Y no esperéis que nadie se acerque hasta vuestra isla atormentada: el dolor atraviesa a quien lo lleva pero ahuyenta a quien lo vislumbra. Ante la deserción de todo, solo el amor os ofrece un refugio misterioso y será siempre ante vuestra ansiedad una honda cueva sin fondo a la vista. Lo que los caminos de la tierra os niegan, os será ofrendado aquí dulcemente. Todos los sentidos apedreados por la aspereza tendrán aquí el medio de su gloria, aunque siempre os amenazará la tormenta de sangre contra vuestra razón o contra el pecho, porque darse por completo a una cosa es exponerse a hundirse en ella. Pero llegados a la cruz de los senderos, a las cuatro estacas de la duda, para tomar senda propia, seguid aquella que os ofrece un racimo frutal y una torre para el sacrificio. Gracia y desgracia, égloga y elegía: los que sienten el corazón enclaustrado en la calavera no tienen otro camino posible. Donde tiemble un amanecer palpitante de rosas, poned la mano enamorada. Tal vez desde las sombras partirá el puñal que os clavarás contra el tronco mas despiadado, y ya allí no será sino aquel suplicio de Tántalo de ver las rosas y no poder tocarlas. Pero aún así, siempre serán éstas las que recojan vuestro último aliento.

Antonio APARICIO

EL LIBRO DE UN "NOCTAMBULO"

«El Infierno Azul»

ES una desagradable pero rotunda verdad que la gente de teatro, salida en su mayor parte del pueblo; que al pueblo le debe cuanto es y para el pueblo trabaja, en fin de cuentas, lejos de amar a la libertad la aborrece y se entrega, con alma de mujerzuela prostituida, al culto de la fuerza y a la adoración de las clases altas, a las que jamás llegará ni de ellas tendrá mas consideración que humillantes tolerancias o interesadas complacencias. Con los dedos de las manos, y aun sobran dedos, basta para contar a los que viven de la escena y sienten ideales de izquierdas con la intensidad y desinterés de Edmundo Barbero, que a sus convicciones su po siempre sacrificar particulares conveniencias y que en lugar de descansar comodamente en pretendido apoliticismo se adscribió con entusiasmo a las filas en que militan quienes quieren un régimen, una patria, una humanidad mejor.

Y es que Edmundo Barbero, artista por vocación y por abolego, tiene, además de la vida escénica otra vida interior rica en emociones e inquietudes espirituales. No son unicamente la dramática, la declamación y el aplauso público los problemas que le preocupan. Son, asimismo, la política, la sociología y el progreso las determinantes de su actividad ciudadana.

Posiblemente, la superioridad de Edmundo Barbero sobre sus colegas profesionales está en que, además de tener un corazón y una sensibilidad humana infinitamente mayores que los de aquellos posee una clara inteligencia, al paso que los otros solo están, los que lo están, adornados de talentos de tipos pecífico y limitado. Su entendimiento se circunscribe a un aspecto imitativo que les dá facultades de expresión artística, pero fuera de esto, cosa que tambien les suele ocurrir a los músicos, su capacidad intelectual suele ser de un pobreza des

consoladora. Barbero, por el contrario, es un artista por doble reflexión, la que pudieramos llamar física y la que entra de lleno en la metafísica. Nuestro camarada, de quien pudieramos decir que ha nacido en la escena y a la escena ha consagrado su entendimiento y su vida por entero, no es, sin embargo, un mero artista, es, primordialmente, un hombre al que según la frase de Terencio, nada humano le es extraño.

Por esto Edmundo Barbero se emociona ante los hechos y sus reacciones le llevan al sacrificio si de éste puede obtenerse algún bien para la humanidad y está de acuerdo con los tres principios fundamentales para que los hombres sean iguales, libres y hermanos.

Por esto, asimismo, Edmundo Barbero es de los que estudian, leen, razonan y escriben, en vez de intoxicarse con nicotina y mal café en una de las tertulias del "Lyon d'Or", "El Gato Negro" o "El Colonial", mentideros de chismes y enredos y lonjas de contratación. Con él se puede hablar largamente de cualquier problema y aun salir de la conversación, los que no le conozcan, sin figurarse cual es su profesional actividad, cosa que muy difícilmente ocurre con sus demás congéneres que por fuera y por dentro no pasan de ser cómicos y nada más que cómicos, pero cómicos del momento y de lugar porque en su inmensa mayoría no llevan sus erudiciones más allá de Echegaray y D. Antonio Vico y si se acercan a las fronteras sienten mareos.

También por esto, por sus dotes intelectuales y por su ideología es por lo que Edmundo Barbero se encuentra entre nosotros, pues ni su entera fuerza y revolucionaria se avenía a cobardes claudicaciones y transigencias, ni su pureza de conducta le aconsejaban otra cosa que abandonarlo todo: bienestar, encantos hogareños, porvenir, para unirse a la legión de los que sufren, de los humildes, de quienes no pueden ofrecer más que su sangre y su libertad a la causa del pueblo.

Barbero, en el fatídico Julio del 36, estaba en Córdoba, con el equipo cinematográfico de la "Cifesa" rodando la película "E, Genio Alegre". Pasados los primeros momentos de confusión y la inminencia del peligro, serenamente sorteados por nuestro amigo, pudo quedarse en la zona nacionalista, sin que nadie tuviese derecho a dirigirle reproches, y aprovechar las circunstancias para medrar en su carrera, pero Edmundo tuvo la elegancia de ser leal a su conciencia y puso todo su empeño y habilidad en escapar de lo que él, con feliz acierto, llama "El Infierno Azul". No lo logró con la apetecida serenidad y aun hubieron de transcurrir seis largos meses, medio año de tortura moral, en la Andalucía trágica, feudo del grotesco

Queipo de Llano, ese general que parece escapado de un "esperpento" de Valle Inclán.

En la privilegiada memoria de Barbero quedaron como en un maravilloso clasificadór observaciones, recuerdos, estampas de dolor, cuadros de vergüenza, muestras de incapacidad...

Mucho sufrió nuestro compañero hasta conseguir verse en Portugal y más tarde en Burdeos, pero ni la reciente visión de tantas lágrimas, ruinas y sangre, ni el reunirse tras de medio año sin noticias, con su esposa, la dulce Ofelia, fueron bastante aliciente para satisfacer su egoísmo. Un ideal le lle vaba a la lucha y el escapado del infierno azul marchó resuel ta y serenamente al infierno de la guerra, al Madrid que ya estaba bajo el espanto desencadenado en el Noviembre heroico. El alma inflamada del buen actor necesitaba vivir la grandeza de la ciudad martir, porque ella era su cuna, el campo de sus afanes, el nido de sus amores. Y a Madrid vino para compartir con amigos y soldados, entre gritos de dolor, estampidos de granadas, y teatrales campañas bajo el fuego enemigo, esperan zas, tristezas y alegrías. Aun esto lo astimó poco el artista y en pró de la causa escribió con pluma suelta y sencilla, sin alardes retóricos pero sí con alardes de amor a la verdad, un libro en que recogía, bajo el título "El Infierno Azul" (Seis meses en el feudo de Queipo)", lo visto y observado.

El Sindicato Único de Artes Gráficas editó el libro, que tu vo gran resonancia porque sus páginas constituyen uno de los mas formidables alegatos contra el fascismo por la suma de da tos que contiene, por su documentada historia de seis meses de desenfreno y crimen, y tanta emoción produjo la lectura de la obra de Edmundo Barbero, que la Delegación de Propaganda y Prensa de Madrid lo volvió a editar, con algunas adiciones del autor.

Mucho se ha escrito, y aun es poco, de la sublevación de los traidores militares, pero acaso "El Infierno Azul" sea el re lato mas fuerte y conmovedor de la tragedia española.

Su lectura es como presenciar el desfile dantesco de sinies tros personajes, de escenas trágicas, de bufonadas que llenan de sonrojo, de errores criminales, de ignorancia y barbarie. Ocasiones hay en que si no aparecieran estampados nombres y fe chas y lugares creería uno que eran fantasías de una imagina ción enloquecida.

Toda la podredumbre moral, la fiera que muchos llevan escon dida en el alma, salen a la superficie para manchar de lodo y de sangre un hermoso país que, acaso timidamente, marchaba ca mino del progreso y la grandeza moral. Frente a esta ilusiona da labor se alzaron los déspotas de siempre, los privilegia -

dos, los egoistas, los tiranos embrutecedores del cuerpo y el alma de la patria, y los negros tricornios, las odiosas sotanas, los ribeteados jackets de los capitalistas y los estrechados uniformes se unieron para darle la batalla a las luchas obreras y las modestas americanas de los intelectuales. Había llegado la hora de gritar ¡Muera la inteligencia!, de restituir crucifijos a las escuelas, abolir jornadas humanas de trabajo y resucitar todas las oligarquías y desigualdades más ofensivas para la dignidad del hombre.

Al lado de estas monstruosidades ofrece Barbero, como un contraste aleccionador, gestos heroicos y bellos de militares pundonorosos como Tarazona, de políticos que enaltecieron su vida o redimieron sus errores con una conducta honrada y vale rosa como los doctores Romera, Arce, Puelles, Piqueras, Alvarez Gomez y La Bandera y Garcia de Leaniz; el sacrificio admirable de las masas que morían vilmente fusiladas o se hundían en las lobregueces de las cárceles, lealtades y sacrificios que eran bella réplica a tantas traiciones y cobardias.

Las siluetas de bufonescos generales, de patibularios coroneles, de miserables toreros, de nistriónicos locutores, de caballistas con alma de cuatrero, de depravados señoritos; las orgías en cdmados y casas de lenocinio con cantoras, borrachos e invertidos; las matanzas, los tormentos, las infinitas infamias presenciadas o conocidas por Barbero son film atormentador y angustioso, que suspende el ánimo y aprieta el corazón hasta hacerle saltar roto de dolor y de espanto.

Más tarde, Edmundo Barbero puede escapar también de la hecatombe en que nos sumen indiferencias internacionales, intromisiones extranjeras y errores propios y también entonces Barbero se siente detenido por el imperativo de su conciencia y acaba por salvar de nuevo su vida acogiendo al amparo generoso e impagable de la bandera chilena. Y aquí está entre nosotros, en primera línea, dando ejemplo de rectitud y de compañerismo, de lealtad y de fé en el porvenir. Con su adhesión y su hombría de bien es uno de los más queridos y uno de los mejores entre los mejores.

Es uno de quienes estamos todos más orgullosos, uno de los que mejor han servido y sirven a la República.

Antonio DE LEZAMA.

IF

de Rudyard Kipling
traducción de ANDRE MAUROIS

Si tu peux voir détruit l'ouvrage de ta vie
et sans dire un seul mot te mettre à rebâtir,
ou perdre d'un seul coup le gain de cent parties
sans un geste et sans un soupir;
Si tu peux être amant sans être fou d'amour,
si tu peux être fort sans cesser d'être tendre,
et te sentant haï sans haïr à ton tour
pourtant lutter et te défendre;

Si tu peux supporter d'entendre tes paroles
travesties par des gueux pour exciter des sots,
et d'entendre mentir sur toi leur bouches folles
sans mentir toi-même d'un mot;
Si tu peux rester digne en étant populaire,
si tu peux rester peuple en conseillant les rois
et si tu peux aimer tous tes amis en frères
sans qu'aucun d'eux soit tout pour toi;

Si tu sais méditer, observer et connaître,
sans jamais devenir sceptique ou destructeur;
Rêver, mais sans laisser ton rêve être ton maître,
penser sans n'être qu'un penseur;
Si tu peux être dur sans jamais être en rage,
si tu peux être brave et jamais imprudent,
si tu sais être bon, si tu sais être sage,
sans être moral ni pédant;

Si tu peux rencontrer triomphe après défaite
et recevoir ces deux menteurs d'un même front,
et si tu peux conserver ton courage et ta tête
quand tous les autres les perdront;
Alors les Rois, les Dieux, la Chance et la Victoire
seront à tout jamais tes esclaves soumis
et, ce qui vaut mieux que les Rois et la Gloire,
tu seras un homme, mon fils.

NOTAS POLITICAS

La semana, que empezó con discursos de los jefes de Gobierno de los países beligerantes, en los que no se descubrió ningún nuevo argumento para la polémica política, se ha cerrado con la conferencia de la Entente balkanica, cuyo comunicado se limita a manifestar la identidad de puntos de vista de los países que la constituyen, pero sin descubrir cual ha sido su concreta actitud ante los peligros que les amenazan.

Se sigue gestando la crisis. Durante la semana parece haberse robustecido la posición de Serrano Suñer, quien, apoyado por la Falange, da cara a los militares y parece decidido a alejar su influencia del Gobierno.

ROSARIO PINO

Es tan interesante y sugestiva la figura de Rosario Pino que siento un profundo respeto al trazar en unas líneas, una corta biografía de esta gran artista, porque además, mis únicas fuentes de información están en lo que yo pueda fiar de mi memoria.

Rosario Pino nació en Málaga y de muchacha formó parte de ese plantel de actores eminentes que dio la bella ciudad andaluza en el último tercio del siglo pasado. Asistió con ello a las clases de declamación de la academia de Borrego. Sus padres eran de humilde clase, creo que pescadores. Se cuenta que cuando tenía quince años, habiendo organizado su compañero José Santiago con otros alumnos una función en un pueblo de la provincia tuvo que comprar a nuestra actriz un par de zapatos, por carecer de ellos.

Meses después de este suceso se trasladó toda la familia a Barcelona. En el teatro Principal de la ciudad condal, actuaba María Tubau. La Pino entró allí como meritoria. La Tubau se entusiasmó pronto con la joven actriz, la meritoria se convirtió en racionista y muy pronto en dama joven. Rosario Pino asimiló en poco tiempo las lecciones de su maestra, que por lo parecido de sus naturales condiciones artísticas, fue la actriz que más influyó en su arte. Poco después casó con el actor José González y fue contratada como primera actriz en el teatro Lara de Madrid. Aquel teatro se dedicaba entonces al género cómico y las primeras damas, en realidad, eran las características, que en aquella época eran Balbina Valverde y Matilde Rodríguez. La trama de estas comedias dejaba en segundo lugar el conflicto amoroso y la dama era de hecho una dama joven, no obstante

esto, y a pesar de la talla artística y autoridad adquirida sobre el público, de sus compañeros, -además de las dos actrices citadas, Lara contaba con Ramon Rosell, Julian Romea, Ruiz de Arana, Pepe Santiago, Larra y Balaguer- pronto consiguió imponerse y colocar su nombre a la altura de los otros.

Sus éxitos de entonces fueron con obras sencillas, ingenuas, del teatro cómico de aquella época, originales de Miguel Echegaray, Vital Aza, Ramos Carrión y Estremera. Entre otros títulos recuerdo "La Pravianna", "La Rebotica", "El bigote rubio", "El padrón municipal", "Perecito", "El señor cura", "La señá Francisca", "La monja descalza", "Los hugonotes", "La hija del barba", esta última con música, pues además de su voz que fue siempre hasta en sus últimos años una voz excepcional, tenía mucho gusto para el canto, Julian Romea que era el autor del libro y de la partitura la montó para lucimiento de una actriz de comedia como la Pino. Julian Romea se ofreció al público con esta obra como autor, compositor, director de escena, actor y tocaba además varios instrumentos de la orquesta.

Por aquellos años, la fama de la mujer guapa, también se cimentó. Mas que guapa lo que tenía era mucho atractivo. Reunía una figura muy bonita con arreglo al canon que exigía la época, unos ojos azules lindísimos que la miopía hacía mas atractivos, el cabello castaño y rizado, la tez muy blanca y sobre todo un timbre de luz único, tenía tal encanto su voz y tal musicalidad que después de verle hacer una comedia a la Pino era casi imposible verse a otra actriz. En cambio por los años de Lara se vestía y arreglaba mal, con marcado mal gusto. Era todavía muy joven y estaba muy cerca la influencia de su casa humilde y de sus modestas amistades de obrerita.

Después de varias temporadas en Lara fue contratada de primera actriz en el teatro de la Comedia. Con esto quedó consagrada como primera actriz de categoría pues iba a sustituir en el puesto que habían ocupado antes Maria Tubau y la Guerrero.

Ya en el teatro de la calle del Principe, Rosario Pino sufrió una transformación como actriz y como mujer. Como actriz llegó a brillar a la máxima altura, estableciendo con la Guerrero una noble rivalidad, muy parecida a la de Eleonora Duse con Sarah Bernhardt. Como mujer, el modisto Antoine consiguió hacer de ella la mujer mas elegante de Madrid. Además de esto consiguió hacerse célebre por sus caprichos, sus ex-

travagancias, sus aventuras galantes. Durante la época de la Comedia, tuvo como compañeros, para darle la réplica amorosa a Emilio Thuiller, Francisco Morano, Francisco García Ortega y José Tallaví. En estos años fué cuando don Jacinto Benavente quedó consagrado como figura máxima de la escena, siendo Rosario Pino su interprete ideal. Nadie ha interpretado mejor, ni ha desentrañado mejor que ella el teatro conceptuoso de Benavente. Con ésto se puede dar un rotundo mentís a las muchas anécdotas inventadas alrededor de la supuesta ignorancia de Rosario Pino. De ella no se puede contar sin apartarse de la verdad, como de Anita Adamuz, los infinitos casos de verdadero bochornos en que ha reabulado diciendo mal en escena palabras o cosas que ignoraba o confundiendo su significado.

Sus éxitos mas destacados en la Comedia fueron "El nido ajeno", "La comida de las fieras", "Gente conocida", "Lo cursi", "La gata de angora", de Benavente, "Los galeotes" y "Las flores", de los Quintero y las obras traducidas del francés "El adversario" y "Las vírgenes locas". En esta última obtuvo un éxito de escandalo al lado de Tallaví.

Al terminar en el teatro de la Comedia, Rosario Pino y Emilio Thuiller formaron una compañía que duró varias temporadas. Recorrieron con ella en triunfo España y toda América. Cada uno de ellos eligió su repertorio predilecto. Thuiller, además de sus obras personales, "Otelo", "Falstaff" y "El amigo Fritz", La Pino, además de sus últimos éxitos, montó algunas obras de las estrenadas por María Guerrero, como "La loca de la casa" y "La de San Quintín", de Galdós, la mayor parte del repertorio de María Tubau, "La fierecilla domada", "La Dama de las camelias", "Divorciolemonos", "Celosa", "Francillón", y como acontecimiento la interpretación que supieron dar los dos actores al "Tenorio". Interpretación que tuvo el caracter de un estreno.

Varios años despues se separaron la Pino y Thuiller, para formar cada uno compañía propia. La primera tuvo como empresario a don Guillermo Darosa, hermano de don Francisco, el famoso empresario de Buenos Aires. Estas temporadas sufrieron contrastes muy pronunciados. Tan pronto se distinguía la compañía por sus fastuosidades, sus espléndidos regalos a los actores, sus tournees de despedida de la actriz, sus homenajes a la misma; como la pobre actriz se pasa-

ba temporadas sin trabajar, secuestrada en un hotel donde debía grandes cantidades. Darosa era un tipo magnifico, enormemente alto, grueso, imponente, con el pelo muy grande rizado, enormes bigotes y aspecto inconfundible de mulato. A pesar de los veintitantos años que llevaba en España, hablaba muy mal el castellano, con un marcado acento portugués.

- Como en realidad solo era empresario nominal, para justificar su situación se pasaba la vida organizando cosas extrañas, con las que tenía engañada y cautivada a la Pino. Tenía una fantasía extraordinaria. Unas veces condecoraba por su cuenta y riesgo, con una condecoración imaginaria, a un actor que segun su criterio había interpretado bien un papel. Otras veces, con cualquier motivo, o sin él, organizaba un homenaje a la Pino por los actores de su Compañía. Se encendía todo el escenario como para la representación, se ponía un decorado de jardín, en el centro de la escena la Pino se sentaba en un gran sillón, las actrices se vestían de noche y los actores de frac, y todos desfilaban ante ella dedicándole frases de encendido entusiasmo por su arte, la entregaban ramos de flores y la besaban la mano. Darosa aparecía siempre durante las representaciones en un palco, vestido de smoking. Con esto justificaba su lujo, su automovil, el mantenimiento de una familia numerosa con esplendor, con veraneos caros. Asi se comprende que a pesar del mucho dinero ganado en España y América, cuando venían temporadas malas, ocurría que Rosario Pino estuviera como presa sin poder salir de un hotel. A fuerza de abusar de lo pintoresco, llegaron a desacreditarse como empresarios, pero era tal la fuerza creadora de la actriz que hizo varias temporadas sin compañía, solo con Francisco Garcia Ortega, interpretando el diálogo en tres actos titulado "La flor de la vida" con el que recorrió la península y los países americanos..

En sus últimos años hubo un resurgir de Rosario Pino que llevaba mucho tiempo sin actuar en Madrid Estrenó en el teatro Lara otro dialogo en tres actos, "Concha la limpia", tambien de los hermanos Quintero. Tuvo mucho éxito, recorrió con ella en tournée las provincias y en Barcelona obtuvo un éxito extraordinario. Con este motivo le formaron una compañía para empezar al año siguiente su temporada en la ciudad condal. En esa compañía entre yo a formar parte como segundo galán.

Benavente, que tanta admiración y cariño sintió por su actriz predilecta -corrió el rumor de que ha-

bien tenido amores e incluso se hablaba de una hija de los dos- estaba enfadado con ella por causa de Darosa y la había prohibido su repertorio. El de la actriz en aquel momento, lo componían la "Loca de la casa", "Divorcíemnos" de Gardou, "Lo positivo" de Tamayo y Baus, "Malvaloca"; "Las flores" y "Cristalina" de los Quintero y "Por los hijos" del autor catalán Ignacio Iglesias -"Foc nou"- en el idioma original, y de la que la Pino hacía una verdadera creación. El negocio se presentó discreto nada mas y como Darosa había tomado mucho dinero a cuenta acabó de mala manera. Con este motivo se redujo la compañía, se despidió al primer actor que era Mariano Asquerino y yo le sustituí.

La Pino tenía entonces 57 años y yo 24. Aunque ella conservaba bien la línea de su figura, que era ideal, su maravillosa voz, el pelo con algunas canas cortado en melena, que desde fuera, parecía castaño claro, a pesar de ello, repito, el contraste que ofrecíamos era bastante violento. Voy a referir un detalle interesante. Una noche representábamos en Martorell "Cristalina", en la que la Pino y yo eramos matrimonio. Ella treinta años, yo, cuarenta y dos, yo grave, serio, reposado; ella, alegre, limpia, como el nombre de la comedia lo indica. En uno de los inmensos parlamentos que tenía ella -la obra es casi un monólogo de actriz- yo estaba tan entusiasmado de verla interpretar su papel, que me salí de situación, dejé de ser interprete para convertirme en ingenuo espectador. Me desperté de mi abstracción al oír los gritos de desesperación del apuntador y la mirada de terror de la Pino. Esta me demostró mucha simpatía y en un viaje que hicimos a Reus en el que pasamos las cinco horas del viaje charlando, como no venía Darosa, al que ella tenía miedo, se expansionó y me contó muchos sucesos y episodios de su vida, de su juventud, de sus impresiones de viaje por Europa y América.

Aquella temporada se terminó pronto, con ella perdí aquella compañera de la que tanto tenía que aprender como interprete y sobre todo la gran directora que había en Rosario Pino. Margarita Xirgu, el espíritu mas inquieto de nuestro teatro actual tuvo la elegancia de contratarla para alternar con ella en la interpretación de determinadas obras, como ocurrió con "Cancionera" de los Quintero. La unión de estas dos actrices duró un año. despues fue contratada por Maria Guerrero y Fernando Diaz de Mendoza,

Como la Guerrero estaba muy envejecida en sus últimos años solo interpretaba damas de caracter y las primeras actrices recaían en la Pino. La Guerrero recomendaba a sus hijos que bajasen siempre al escenario, para que desde entre cajas -segun el argot teatral- vieran trabajar a la maestra, para que aprendieran.

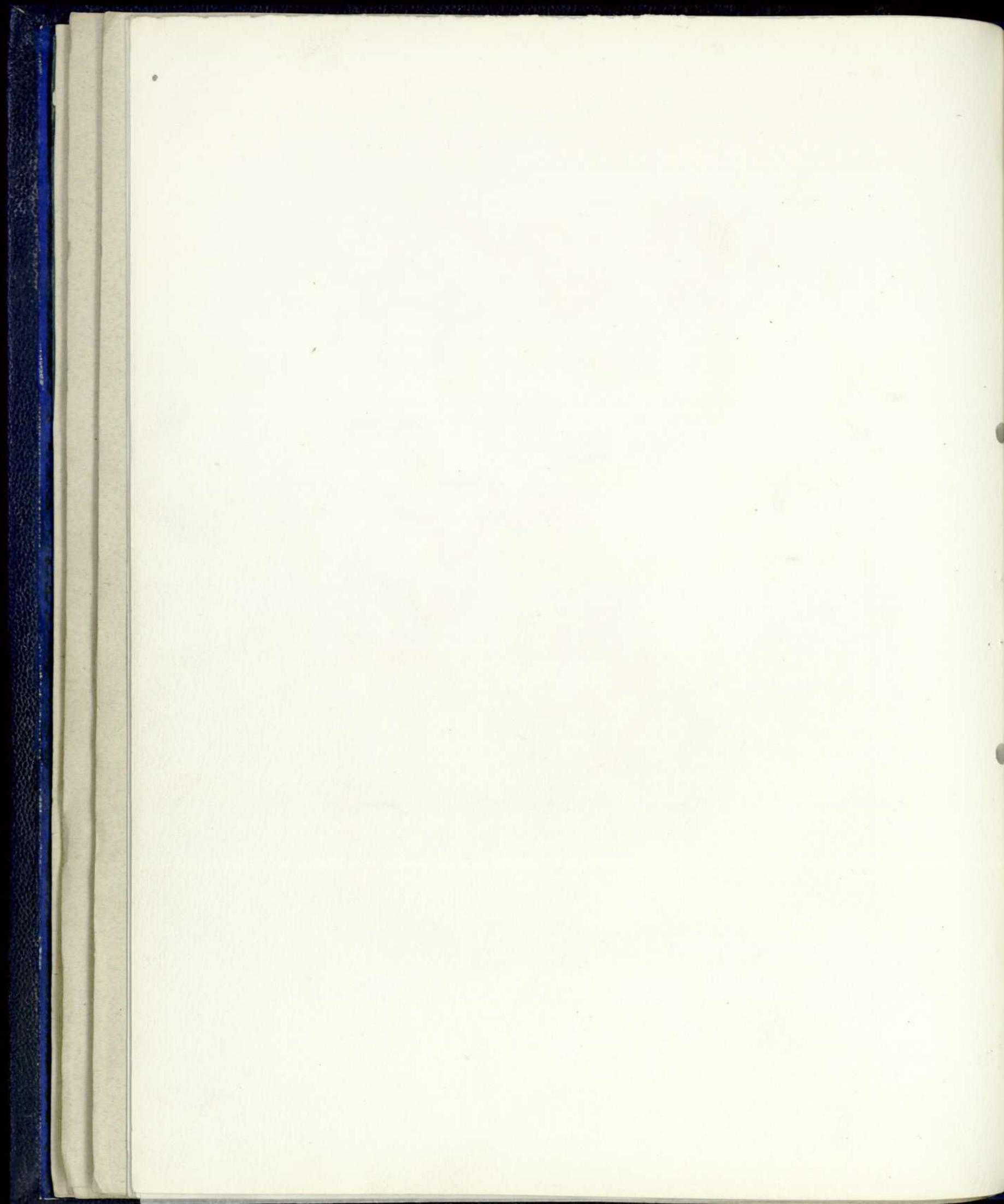
Con la compañía Guerrero Mendoza estuvo los tres o cuatro últimos años de su vida. Murió a los 63 años sin separarse de ella su fiel sirvienta Paca que era tan popular como ella en el teatro.

En los últimos años se despertó en ella una fuerte idea de moralidad y un profundo fervor religioso caso muy frecuente en temperamentos de esa especie.

Rosario Pino fue una actriz exquisita, si bien no había género que se la resistiera, pues a todos los dominaba, donde verdaderamente sobresalía era en la comedia, fue en este género, la actriz tipo, difícilmente se encontrará una actriz capaz de sustituirla.

Edmundo BARBERO





PRESENTIMIENTO

(CUENTO)

DELFINA era desgraciadísima, Delfina era la más desgraciada de todas las mujeres. Por eso, Delfina estaba llorando sin parar desde las cuatro y media exactamente de aquella tarde, y ya eran las nueve de la noche. Tendida boca abajo en la cama, hacía crujir el lecho acompasada y rítmicamente.

-Delfina, hija, no llores más y ven a cenar.

-No, ¡no puedo!, ¡quiero morirme! ¡Dejarme sola!

-Delfina, cariño de tu madre, no llores más que estas poniendo la colcha perdida.

-¡quiero! Dame un pañuelo.

-¿Otro? ¡Hija que ya llevas diez!

-No importa, tengo dos docenas y media de aquellos que..... No pudo seguir. El llanto arreció. Parecía que las lágrimas abundantisimas, salían de los ojos, de la nariz, de las orejas. La mamá de Delfina se encogió de hombros, estiró un poco la colcha de seda adamascada, rosa como los muebles rosa, como la lámpara rosa, como los lazos rosa que, prendidos a los lados del espejo ovalado, presidían la coqueta de la niña. Delfina se incorporó un momento en la cama, contempló una fotografía que tenía en la mano, suspiró y volvió a sepultarse bajo la cascata de hipo que brotaba de lo más profundo de su pecho sin estrenar.

-Delfina, tesorito mío, mira que me vas a matar de pena, si sigues llorando de esa manera.

-Si alguien ha de morir se será el destino que así lo ha dispuesto. ¡El destino!... Pero ¿qué digo?, ¿el destino?. ¡Si no existe el destino!. Si existiese no sería yo ahora la más desgraciada de todas las mujeres... ¡quiero morirme!. ¡Ay, Ernesto, si tu supieras lo que estoy sufriendo por tu causa!, terminó volviendo a mirar la fotografía. Con sus mismas manos ha

bía bordado aquél marco durante las interminables tardes de es-
pera. Aquél marco donde las palomas, las cartas y los corazones
con lentejuelas, se sucedían ordenadamente. Aquellas tardes, en
que sentada en el balcón, perdida su mirada en el mar, en el a-
margo mar que se había llevado a su Ernesto, para nunca volver
más, sus dedos tamborileaban incesantemente sobre el bastidor.
Y luego...y luego, había sobrevenido la tragedia, lo terrible,
lo espantoso, lo que la había hecho desgraciada para toda su
vida.

Delfina era hija única. Había crecido en medio de los mimos
de su padre, las caricias de su madre, la adoración de la abue-
lita y los cuidados del ama. Todos sus caprichos habían sido or-
denes en aquella casa.

Sin embargo, Delfina había mirado siempre al porvenir más que
con desconfianza, con la seguridad de que no podría ser siem-
pre feliz. Algo, una corazonada quizá, le avisaba de que sería
desgraciada. Esperaba de un momento a otro el golpe fatal que
había de sumirla en la desesperación, pero el golpe no acababa
de descargar, la desesperación no llegaba. En cambio, llegaron
los dieciséis años. Delfina era bonita, muy bonita y con su e-
norme lazo en el pelo estaba seductora. Los pretendientes sur-
gieron como por encanto. Habían estado esperando su crecimen-
to queriendo todos ser el primero que recogiera sus besos. Tu-
vo un novio. Delfina esperaba que con las relaciones vendrían
los disgustos. Era seguro. Su presentimiento seguía clavado en
su almita, royendo, royendo. Pero a medida que pasaba el tiem-
po, Agustín estaba más enamorado de ella y cada vez era un es-
clavo más sumiso a sus caprichos. Cierta que a veces estaba a
punto de enfadarse con la incesantes preguntas de ella.

-¿No me engañas?, ¿me quieres?, ¿como siempre?, ¿Soy todo pa-
ra tí en el mundo?, ¿no me dejarás por otra?. ¿Donde pasas las
noches que nada me dices?, ¿quienes son tus amigos?

Parecía como si tuviera interés en enturbiar su felicidad. Y
Agustín extremaba su cuidado, y sacrificaba los amigos, y no i-
ba al café, y no miraba a ninguna mujer, y la juraba amor eter-
no cada cinco minutos, y la escribía una carta por la mañana y
otra por la noche. Y llegó un día en que Delfina declaró termi-
nadas las relaciones. Fueron en vano todas las súplicas encen-
didas de Agustín, inútiles sus preguntas sobre el motivo de la
ruptura. No lo sabría nunca. Sólo Delfina estaba en el secreto.
Si no hubiera regañado con Agustín, su presentimiento hubiera
fallado y eso nunca!, no podía equivocarse, sabía que la reli-

ciudad no estaba hecha para ella. ¿Para que retrasar el momento en que todos sus sueños se derrumbarían? Era preferible provocar el fin antes de que su amor por Agustín adquiriese demasiada fuerza. Y decidió regañar con su novio. No tenía motivo, pero era lo mismo. Delfina era mujer.

La noche en que Agustín desapareció de su vida fué tan desgraciada que consiguió ser feliz. Lloraba, empapaba pañuelos, llamaba a Agustín, a su Agustín a quien ya no volvería a ver. Sus ilusiones de muchacha estaban troncadas. Pero era feliz, su presentimiento empezaba a cumplirse.

Su padre, que tuvo que pedir un permiso en la oficina, su madre, la abuelita y el ama, se turnaron para consolarla. Todos escucharon sus lamentos, todos supieron que Delfina tenía por su porvenir. Todos la consolaron.

Delfina cumplió los dieciocho años. Estaba mucho más bonita y tenía muchos más pretendientes. Pero Delfina no quería tener otro novio. ¿Para qué, si se tendría que pelear con él..? Se recogió en casa y leía constantemente. Todas las bibliotecas circulantes de la capital pasaron por sus manos. Pablo y Virginia, Abelardo y Eloisa, Romeo y Julieta, Mimi y Rodolfo, habían dejado sus esencias flotando en la habitación de soltera de Delfina. Indudablemente ella era una heroína más, que formaría en las filas de la inmortalidad de los amores sin límite, de los amores imposibles siendo los amores más auténticos.

No obstante, una tarde conoció a Ernesto. Flaquearon sus arraigadas convicciones ante el galán y Delfina y Ernesto eran novios a la semana siguiente. En casa de Delfina respiraron; el papá, el jefe del papa, la mamá, la abuelita, las amigas de la mamá y de la abuelita, y el ama acudieron en acción de gracias a ofrecer una vela a San Antonio. ¡El amor! De nuevo la niña estaba transformada. Alegre, cantando a todas horas. No volvió a abrir un libro en una larga temporada. Ernesto ya entraba en casa. Una lucecita de esperanza brillaba en el fondo de sus presentimientos queriendo rasgar los velos que intentaban ahogarla. Delfina bailaba, Delfina reía, Delfina era casi feliz.

Una tarde, Ernesto llegó con aire jovial. Sin pronunciar una palabra extendió la mano que sujetaba una carta. Tenía que marcharse a América para liquidar los negocios de un hermano de su madre que acababa de morir y le instituía heredero. La carta ponía a su disposición los medios necesarios para el viaje. Era abrirles la puerta de la felicidad.

Delfina se encogió en la butaca y empezó a respirar tan profundamente que la lucecita aquella se apagó con uno de los soplos. Otra vez el presentimiento, la amenaza que sobre ella

había pesado siempre, descargaba su golpe fatal.

-Adios, Ernesto...

-Si no me voy todavía, Delfina. Es muy pronto.

-No me entiendes. ¿No te das cuenta de lo que tu marcha significa? Es el fin de nuestro amor. Todo se ha acabado.

-¿Qué estás diciendo? Total en un par de meses, tres lo mas, estará todo arreglado y entonces...-Ernesto bajó la voz- podremos casarnos. Tendremos dinero y una casita para los dos y luego...-aún bajó mas la voz- niños...

-Ernesto, no seas cruel, no me hables ahora de ese paraíso que se nos está escapando de las manos...

-No, Delfina, no. Además, en último término lo mando todo al cuerno y que vaya otro...

-Imposible, Ernesto. Es el destino quien lo ha dispuesto así, y así tenemos que aceptarlo. Tu te irás, es tu vida; yo, me quedaré, es la mía. Y por favor no digas eso del cuerno... ¡Suena tan mal!

-Pues no voy, ¿te gusta así?

-Si, pero si vas.

-¡No voy!

-Pues si no vas, hemos acabado ahora mismo.

-¡Delfina!, a veces no te entiendo.

-¿Lo ves? Ya estás ofendiendome.

-¿Yo?

-Sí, tú. Dices que no me entiendes. Ahora veo que no me quieres ni me has querido todo lo que me has dicho. Es mejor para los dos que te vayas. Yo te querré siempre, has sido mi amor primero, te esperaré hasta que vuelvas...si es que vuelves alguna vez, porque el corazón me dice que no he de volver a verte.

-¡Delfina! ¡Luz de mis ojos! Si me juras que esperarás tranquila a que pasen los dos, tres o cuatro meses que tardaré en volver, voy ahora mismo a encargar el pasaje.

-Sí, Ernesto, te lo juro por nuestro amor. Y ahora vete. Pero antes de irte, bésame en la frente. quien sabe si será la última vez que lo haces.

-Pero hija, si aunque me vaya ahora a encargar el pasaje, el barco no sale hasta dentro de veinte días.

-Es lo mismo. Los hombres sois incapaces de comprendernos. No sabeis hasta donde llega la fuerza de los presentimientos de un corazón de mujer enamorada.

-Me haces dudar. Y ahora, hasta mañana.

Ernesto besó la frente de su novia y desapareció escaleras abajo. Iba radiante de alegría. ¡Esta Delfina lo veía siempre todo desde un punto trágico! Ya vería ella cuando regresase..

muy rápidos pasaron los veinte días. Una tarde, ya anochecido, salió el barco que se llevaba a Agustín. En el muelle, Delfina, le despedía agitando un diminuto pañuelo y aún continuaba moviendo el brazo en el aire cuando el trasatlántico había doblado el morro.

A partir de entonces, solo en tres o cuatro ocasiones, salió Delfina de casa, y fué para comprar verdaderos montones de hilo, de sedas, telas blancas, azules y rosadas, y un bastidor, un enorme bastidor para bordar. Se acabaron para ella los paseos, los bailes y las reuniones. Sentada en el balcón bordaba sin parar. Otras veces cortaba y cosía ropa blanca: camisas, enaguas, chambras.

-Pero Delfina ¿estás loca? ¿Qué ropa es esa que estás haciendo? ¿Para quien son esas camisas, esos pantalones con puntillitas? ¡Eso ya no lo lleva nadie! ¡Ni la abuelita!

-Déjame, mamá. Hasta que no vuelva Ernesto, y el corazón me dice que no regresará nunca, estaré cosiendo. Comprenderás tu que no puedo coser otra clase de ropa. ¡Cómo voy a hacer sostenes y combinaciones! Sería profanar el sagrado recuerdo de mi Ernesto. Tengo que esperarle como todas las novias han esperado siempre a los que se fueron para no regresar más. Esta ropa dormirá eternamente en un armario blanco, perfumada con espliego y manzana. Y si alguna vez, dentro de muchos años, él llegara a esta casa, me encontrará esperándole, como si los años no hubieran pasado...

-¡Es que eso no es detener el tiempo, es volver veinte años atrás.

-¿Es que el amor tiene edad?

La mamá de Delfina salió de la habitación muy preocupada. Por consejo suyo siempre había en la casa agua de azahar y en la cocina un puchete con agua hirviendo estaba presto para que no faltase la tila en el momento necesario.

Una carta de Ernesto anunció que teniendo que internarse en el país, marchar a terrenos casi deshabitados, el correo se interrumpiría por algún tiempo. Seguía queriéndola como siempre, solo esperaba el momento del regreso para casarse.

Aquella carta acabó con la tranquilidad relativa de la familia.

Delfina dejó de comer, iba quedándose pálida y muy delgada. Inclinada sobre el bastidor lloraba silenciosamente.

-No volverá. Era mi sino. La felicidad no se había hecho para mí. Hasta ahora fui escapando de las garras del destino, pero al fin he caído en sus tentáculos. No se ha hecho sino demorar, alargar mis sufrimientos. Ernesto me ha olvidado, lo sé, no hace falta que nadie me lo diga, mi corazón no me enga

ba. Tenía que suceder.

Despreciando la luz eléctrica, se hizo llevar a su habitación un quinqué de petróleo y a su amarillenta luz cosía hasta que los ojos se le enrojecían y no podía soportar más tiempo el tufo. El viejo piano de la abuelita resucitó y aunque Delfina apenas tenía idea del solfeo pasaba las manos por el teclado. Se miraba mucho en el espejo grande la sala que hizo cubrir con una tarlatana rosa. Cuando venía una visita, ella tenía que levantar precipitadamente las fundas blancas de silla y butacas. Delante del cristal, se alisaba el pelo, recogiendo muy tirante en un moño sobre el cuello. Ya no se pintaba. Se hizo un traje negro con el cuello cerrado y largo hasta los tobillos.

-Estas hecha una facha, Delfina.

-Lo sé, no hace falta que me lo digas. ¿Crees que a mí me agrada? No. Pero es la voluntad de la providencia. El que espera, desespera, y yo estoy desesperada, desesperada para siempre, porque Ernesto no tornará a mis brazos.

-¿Quién te mete esas cosas en la cabeza? Dentro de mes y medio estará aquí. Todas las noches le pido a Dios que acelere su viaje.

-Eso solo lo decís para consolarme. Bien sabéis vosotros que es un imposible. Se fué por ese mar, ese mar que...

-Sí, hija sí, que no tiene caminos, ya lo sé, me lo repites a todas horas y no es demasiado original.

-Os burláis de mí. Es lo que me faltaba, creo que voy a desmayarme.

Y efectivamente se desmayaba por veinteaava vez en el día. Su mamá, previsora, tenía sabiamente distribuidas todas las sillas de la casa; siempre había una a mano.

Delfina se había conformado con su destino. Así se lo había escrito a Ernesto. Sufriría en silencio. Nadie volvió a oír una queja. Toda su pena la encerraba en su corazóncito y allí vivía, si vivir se podía llamar a aquello. Había perdido todas las esperanzas. No se casaría nunca. El espliego perfumaba las sábanas y la ropa interior que llenaba el armario grande del ropero.

Se sintió dominada por una tranquilidad de espíritu inefable. Las cosas tenían para ella suaves perfiles y el aire del mar venía a hacerla compañía cuando se acercaba a la oreja la gran caracola de la chimenea del comedor. En el fondo del murmullo creía oír la voz de su Ernesto. Ya no lloraba, vivía de recuerdos.

¿Y si se metiera monja? No. No podía hacerlo. Traicionaría el recuerdo de Ernesto a quien había prometido esperar mien-

tras viviese. Además, sería traicionar también a su destino, querer huir del presentimiento que la había perseguido durante su corta y ¡ay!, tan triste vida, y antes que eso, que buscar el consuelo para sus penas en el claustro, era mejor morir. No se había equivocado, el corazón no miente nunca, y menos, cuando es un corazón enamorado. Ya se lo dijo a Ernesto la tarde en que le dió la noticia. El, incrédulo, se reía de ella. Todos los hombres hacían siempre lo mismo. Ahora vería Ernesto si tenía razón o no.

Llegó a un extremo de placidez incomparable. Era feliz con su desgracia, viviendo para un amor imposible, dedicando toda su vida a pensar en el hombre que debió compartir con ella la delicia del hogar, ser el padre de sus hijos, ahora lo podía decir sin sonrojarse. Los veía correr por el pasillo de la casa, mientras daba el pecho al más pequeño. Resignada, leía de nuevo y de nuevo revivían Pablo y Virginia, Romeo y Julieta, Mimí y Rodolfo, Abelardo y Eloisa. Esperaba constantemente la noticia final.

Y llegó la tragedia. Bajo un cielo gris plomizo, la ciudad reposaba ajena a la catástrofe que se iba a producir. Sonó el timbre de la puerta, salió a abrir el ama.

-¡Señorito Ernesto! ¿Cómo no ha avisado usted? ¡Delfina, Delfina, que ha vuelto!

Delfina asomó la cabeza por la puerta de su cuarto, vió a Ernesto que avanzaba por el pasillo, dió un grito y se desvaneció. Al volver en sí, tenía la cabeza reclinada en los brazos de Ernesto.

-Déjame sola, marchate, has deshecho mi vida, has destrozado la desgracia que me hacía tan feliz. ¡Has vuelto!, otra vez ha fallado mi presentimiento.

Delfina era desgraciadísima, la más desgraciada de todas las mujeres. Por eso, Delfina estaba llorando sin parar desde las cuatro y media exactamente de aquella tarde, y ya eran las nueve de la noche.

Aurelio ROMEO.-

CUADERNO DE POESIA

EMILIO PRADOS

NACIDO en Málaga, entregado exclusivamente al cultivo de la Poesía, dirigió el grupo literario de la revista "Litoral" en torno a la cual se desarrolló un importante movimiento poético por los años que precedieron a la guerra, movimiento que dió dos miembros para la generación de 1931: Manuel Altolaguirre y Emilio Prados.

Retraído, taciturno, hostil a todo exhibicionismo, llevó esta hostilidad hasta retirar su obra de las antologías y su colaboración de las revistas. Espiritu complejo en el que se cruzan un panteísmo melancólico y una feroz autocrítica bajo la cual difícilmente puede ir sucediéndose la obra personal. Acaso debido a este enconado examen, la obra de Emilio Prados es de las más reducidas en el núcleo de nuestros poetas contemporáneos. Pero frente a esta constante vigilancia subsiste una ardorosa persistencia en el cultivo de la poesía más pura, línea ésta que la guerra contra el fascismo vino a derrocar para volcar al poeta en la lucha del pueblo y en el cual los cantos de Prados hallaron siempre una ferviente resonancia. No en balde es el primer poeta español que dió su nombre y su obra a la causa de la Revolución, conducta cuya noble ejemplaridad fue atrayendo a las filas revolucionarias, uno tras otro, a todos los poetas que lo son en la presente hora española.

EL LLANTO SUBTERRANEO

I

Junto al mar ese manto que la luz origina
y que el aire repliega como a su dura arena en
un costado;
donde los hombres miran y mueren contra el vino
y las cabezas de los niños lloran
y los ojos de los pescados lloran
y los cabellos de las mujeres se tienden en si-
lencio hasta las nubes:
no puedo no cantar como esas aves
que desconocen la quietud de la harina
y andan sobre la nieve
sobre sábanas largas mientras la luna sube rec-
tamente.

Yo he visto he visto a veces
cernerse un ancho pájaro en la bruma:
hoy no puedo cantar como esas aves.
No puedo, no, cantar: ando en patios humildes,
ando en ropa nocturna,
ando en seres que velan sus rebaños o el ansia
de los otros muertos.

Ando en los secos odres que la luna dormita
y en los altos cipreses que arrastran sus cade-
nas y engrandecen su marcha bajo los anchos
puentes:

bajo los anchos puentes donde duele la vida
y los hombres se acercan a morir en silencio
uno a uno, millones de los cuatro olvidos,
desde los cuatro mares que los pescados lloran.
Unos, largos maullidos que empañan los cristales
y enormes avestruces
y húmedas arpilleras
o blancas cicatrices como largos caminos
y negras fajas como ríos donde duermen barajas y
las manos que cortan.

Unos, medias palomas que arrastran por los huertos
las hojas de su muerte y el dolor del viaje
y el dolor de las balas que los perros devoran
allá junto a un costado de llamas en peligro.
Unos, lana dejada que desmorona enloquecida sus
balidos

!Así gimen las olas! !Así gimen las olas!
 !Oh sed, sed de los montes y de las altas nubes!
 !Sed de cobre y escama!
 !sed de las amplias frentes en que el hombre na-
 vea:

de esas bandejas rápidas que ruedan como lunas
 y terminan de pronto en un bolsillo diminuto!
 Junto al mar, ese canto que el silencio origina,
 donde los niños lloran
 y las cabezas de los hombres miran y mueren contra
 el vino,
 yo he visto, he visto a veces cernerse un ancho
 pájaro en la bruma
 como bajo los puentes hoy los ápteros brazos de
 los viejos obreros.

Como el llanto en la tierra,
 como las voces en la lluvia,
 hoy no puedo cantar como esas aves.
 ¿Cómo podré, como podré crecer sin manos
 bajo las filtraciones dolorosas de esta angustiada
 arena?

Como ya reconozco la amplitud de la harina
 junto a mi piel se pudren un caracol y un mundo.

II

Yo pertenezco a esos anchos caminos donde los árboles
 se cuentan;
 a ese olor que el estambre abandona en sus ruedas hi-
 lo a hilo que canta.
 Me muevo entre mis brazos porque mi solo rostro no lo
 encuentro
 en la miel gota a gota como el ganado que trashuma.

Canto, canto en la lana de los estanques
 y en la paz de esos bosques que se ignoran;
 canto como la luna resbala por las piedras,
 entre las multitudes herrumbrosas que acampan junto
 al río.

Canto, canto bajo la inmensa noche
 bajo esa inmensa lata que atiranta la arena:

entre rubios espartos o iracundas pestañas.
 Unos, lacias estrellas
 y manos machacadas como balanzas diminutas,
 como pequeños pájaros redondos que hieren, hieren,
 hieren por la sangre que horadan:
 esa sangre que grita y atraviesa las cercas de la
 sal y la hondura y sus fuertes delfines:
 esos gritos que elevan sin latón gaviotas,
 que enhebran los cabellos del vino con los peces
 mientras cuelga la luna como un grueso pescado
 donde juegan los dedos a un dominó sin ojos ni fu-
 turas monedas

y canciones de espinas que se olvidan del aire.

Unos, enormes girasoles
 y entre las sienes máquinas
 y plomo o cirios que se funden y andan,
 avanzan y se paran de pronto como una fiebre o
 puerta:

un goterón que mira y duele,

que enrojece los bordes y los abandona:

un tracoma que escuece sobre casas humildes que
 huelen como arañas entre blandas palmeras y flau-
 tas que se pudren.

Unos, llevan cigarras

y les siguen palomas y lombrices y niños

y pequeñas banderas

y estampas como luces

o el rumor de las ruedas y el barro del aceite:

estos no son campanas ni hormigas ni amapolas:

huelen a barco y a tristeza

a mujer y a vinagre

a caña verde que se mece

y a cuerpo o piedra que se hunde lentamente en el
 agua.

Bajo los anchos puentes donde duele la vida

llegan, llegan luciérnagas y pesadas maromas:

allí los muslos obedecen sin temblor y sin gozo

a la sombra en que escupen y al rumor de la espuma:

allí los hombres se ennegrecen

y las caras se olvidan:

uno a uno, millones desde los cuatro vientos,

se acercan los navíos para morir bajo los puentes.

Son otro paso errante sobre la inmensa Tierra,

otra apesadumbrada voluntad que camina,

otros cuerpos que cuelgan de las pesadas rocas,

otro canto desnudo,

otro crimen reciente.

"Si yo pudiera un día tan sólo
 como esta razón que mi genio anima
 abrir de par en par las puertas
 de mi cuerpo y las granjas..."

Yo pertenezco al fondo de esas viejas lagunas
 de esos hombres que marchan sin conocerse sobre
 el mundo;
 a esos largos racimos que duelen contra el cáñamo,
 que abandonan sus nombres como las hojas del acei-
 te.

Yo pertenezco a ese pez que resiste como la nieve
 cae, como la nieve cae;
 a esas aguas durísimas que se alejan cantando
 y que un día amanecen junto a la orilla erectas.

"Si yo pudiera como esos seres del olvido que pa-
 san y repasan su soledad bajo la luna,
 dejar sobre la nieve
 todo el ardor del ansia que circunda mi frente..."

Canto, canto como pieles remotas sin sal y sin alum-
 bre:
 canto bajo la inmensa noche azul allá en el norte.

Yo pertenezco a esas largas llanuras que resuenan sin
 viento y permanecen;
 a esos antiguos pozos olvidados donde unos ojos miden
 el albor de sus huesos.

Canto, canto el ronco mugido de los bisontes que galo-
 pan cerca ya de la pampa:

"Si yo pudiera un día
 abandonar sobre este ardor lejano,
 como un blanco navío,
 el altísimo témpano que apuñala mi angustia..."

Hay gotas de una lluvia que no encuentran, perdidas,
 los roces de su cielo
 y hay pájaros que olvidan la plenitud de la distancia
 en que han sido engendrados.

Yo pertenezco a esos hombres que mueren.
 Vivo aquí entre mis brazos, porque no encuentro el lí-
 mite que los separa.

Canto; canto a la sombra de los más anchos ríos;
canto bajo la luz difusa de los puentes:

"Si yo pudiera un día, un día tan sólo,
abandonar sobre la tierra enteramente
estos bueyes que hoy labran los bordes de mi
sueño..."

NOTAS DE LECTURA

VARENKA OLESOVA por MAXIMO GORKI.- In-
dudablemente la vida se nutre y apoya
en el amor. Sin amor es árida, y se tor-
na tediosa e infértil. Este influjo im-
perioso y solo conocido en algunas de
sus múltiples facetas, hace deseable
la vida y le dan una finalidad.

Ahora bien, si entráramos siquiera le-
vemente en el campo de la filosofía a-
morosa, llegaríamos a una conclusión
un tanto cruel, pero bastante acertada,
sobre esta fuerza misteriosa y omnipo-
tente que, introduciendo en nosotros el
germen de la potencia creadora, anega
el alma de una felicidad luminosa: el a-
mor es una lucha entablada entre dos
voluntades. Es la victoria del que ama
menos sobre el que ama más."

En sus primicias, juega de un lado y
de otro, importante papel, la coquetería.
La coquetería de la mujer, sutil, más
caprichosa, más diabólica si se quiere,
y la coquetería ruda, un poco más áspe-
ra, pero en cierto modo más profunda,
del hombre. Empeñado este primer comba-
te preparatorio, el amor no se instala
definitivamente sino cuando se produce
el principio de la victoria de una de
las dos voluntades. ¿Cómo es esto posi-
ble?

Si recordamos a Jorge Simmel en su
"Filosofía de la Coquetería", veremos
cómo ésta es un estadio que precede a
una segunda fase, primer escalón del a-
mor considerado como tal, en la que in-
tervienen ya gran cantidad de factores
desencadenados por el forcejeo plantea-
do. La coquetería, en principio, no bus-
ca sino una revalorización de la pro-
pia estimación ante los ojos del ser
sobre el que proyectamos nuestros es-

fuerzos. Simplificando, no es más que el
deseo de gustar, de agradar, de impre-
sionar favorablemente, sin que el amor
intervenga en absoluto. Y por causas, cu-
ya complejidad me veda extenderme sobre
ellas, el atractivo que experimentamos
hacia ese ser tiene, en una grandísima
parte, su origen en el reconocimiento,
por su parte, de nuestras cualidades fí-
sicas y morales. Por un mecanismo casi
automático, sentimos amor hacia los es-
píritus que nos comprenden, y admiran
en todas sus manifestaciones nuestros
más íntimos pensamientos, y aversión y
desprecio irónico, más o menos escepti-
co, hacia aquellos otros que, por el con-
trario, no nos brindan su admiración, y
se niegan a concedernos, en la moneda
estimativa, cuanto de ellos esperábamos
y creíamos merecer. El amor crece con
el sentimiento de nuestra propia estima-
ción, y se fija precisamente en aquello
que nos sirvió para revalorizarnos. Y a
sí llegamos a ponernos en condiciones
de amor, y prestos a sufrir la influen-
cia de los otros factores decisivos que
intervendrán a continuación; el factor
espiritual, resumiendo las ansias y anhe-
los morales y comunes, y el factor físi-
co, síntesis de nuestros ideales estéti-
cos. Si hacen su aparición estos dos
factores o simplemente uno de ellos, abo-
caremos sin remisión al amor. Surgen en
tonces de nuevo las voluntades. No será
posible negar que el ser que se deje
conducir transportado por sus sentimien-
tos, fundamentalmente, será blando, dúc-
til, maleable; en una palabra, será dé-
bil ante el que conserve por la razón
el dominio de su espíritu y sus emocio-
nes. En el mejor de los casos, el amor

afincará en dos cuerpos, amalgamará en feliz comunión dos espíritus afines, pero, oscureciendo el cielo común habrá siempre un espíritu dominante, el del que ama menos, y un espíritu dominado, el del que ama más. En otros muchos casos, aquél que por ser temperamentalmente más sensitivo, más tierno, estará condenado a consumirse, a impulsos de sus emociones desgobernadas, en su pasión, no correspondida, o por lo menos en igual forma. Caerá en el descontrol absoluto de sus actos sin hallar eco en la persona amada, y poco a poco, pero con paso firme será rebasado y envuelto por la niebla de la desventura tal.

El amor es un balance entre lo que poseemos, y lo que deseamos poseer. Tendemos siempre a abarcar más. Cuando anhelamos la posesión integrál es cuando creemos amar más intensamente. Alcanzada ésta, sufre el amor su primera crisis. Podrá salir de ella robustecido por nuevos lazos, o podrá declinar, y en este caso lo hará rápidamente.

"Varenka Olesova", no vamos ahora a descubrir al gran maestro de la literatura rusa, es a mi juicio, un pequeño ensayo psicoanalítico sobre la madurez de la coquetería y amor humano, a meno, interesante, quizás sin profundizar demasiado, pero sí lo suficiente. Es una exposición, escenificada con colores brillantes, y descripciones de una tersura y limpidez inmejorables. Ambientada en un paisaje rústico, agreste, de bosques y ríos rumorosos y alegres, verdes frondas silentes, nos hace vibrar al compás de los saltitos cortos de los mirlos y ruiséñores, que, brincando alegremente de rama en rama, llenan el aire con sus trinos deliciosos.

Sobre este fondo hermoso y apacible Hipólito Sergueievich Polkanov, catedrático de Universidad provincial, impregnado en su intelectualidad de las ideas redentoras de un ideal de justicia humana, es impelido, contra su voluntad hacia la encantadora Varenka Olesova. Esta, es una muchacha montaraz como un pequeño gato salvaje, resuelta

e indómita, cuya vida se ha deslizado en un hogar un tanto grotesco, al lado del largo cuello amarillento de su tía Luchitsky, y de su padre, viejo coronel gotoso, para el que toda la filosofía humana queda encerrada en esta frase:

"La vida es sencilla y brutal. Goza mientras tengas fuerzas, y muérete a tiempo". De todo el cuerpo de Varenka, envuelto como en una nube blanca, se desprende su lozana juventud sensual.

Hipólito Sergueievich, tímido y concentrado en su vida intelectual, ha conservado siempre un perfecto equilibrio de espíritu. Materialista de concepción considera que un hombre debe y puede comprender sus propias emociones y desarrollarlas a su gusto. Sin embargo, atacado por sorpresa, desde su primer contacto con Varenka, ante cuya belleza se siente impresionado profundamente, se estremece de punta a punta y se deja absorber por su pensamiento.

Varenka, fiel a su temperamento enérgico, por otra parte educado en la lectura de Ponson du Terrail, Pedro Zaccani, Gaboriau, etc, busca en la vida real los heroes imaginarios de esta literatura romántica, sin parar mientes en que el mecanismo de la vida es mucho más poético, más lírico, que todas las fantasías imaginables.

Desde el primer encuentro, prolongándose durante los tres meses del verano, ora en la finca, ora en los deliciosos paseos embarcados sobre el río, surge el conflicto de las dos voluntades. Hipólito Sergueievich, tratará de nos ser derrotado. Pero día a día advierte dentro de sí nuevas emociones, a las que es incapaz de domeñar; el atractivo que ejerce Varenka sobre él, es tan grande que en una ocasión llegará a acariciarla con estas palabras: "Estoy acostumbrado a verte tan pura, y me place verte tanto así, que una mancha en tu vestido proyecta una sombra negra sobre mi alma". En otros momentos le hará recapacitar, y sondarse a sí mismo con estos razonamientos valientes: "¿Ha sido la honradez, en efecto, lo que me ha contenido? ¿No habrá sido acaso, la impotencia, la debilidad? ¿Será tan solo el de

seo brutal de poseería lo que me turbe? ¿Soy yo capaz de amar?...". El, sin duda, sí es capaz de amar. Ya lo hace, ama profundamente con un lirismo moteado de intranquilidades sensuales. La que es incapaz de amarle es Varenka, precisamente porque es fuerte, porque es voluntariosa, y su espíritu, cultivado apenas, le permite conducirse con arreglo a la naturaleza, violenta y cegadora, tal y como ella la concibe y conoce. "Yo no necesito la justicia. Si la necesitase me la tomaría por mi mano". ¡Cuanta filosofía se contiene en esta frase!

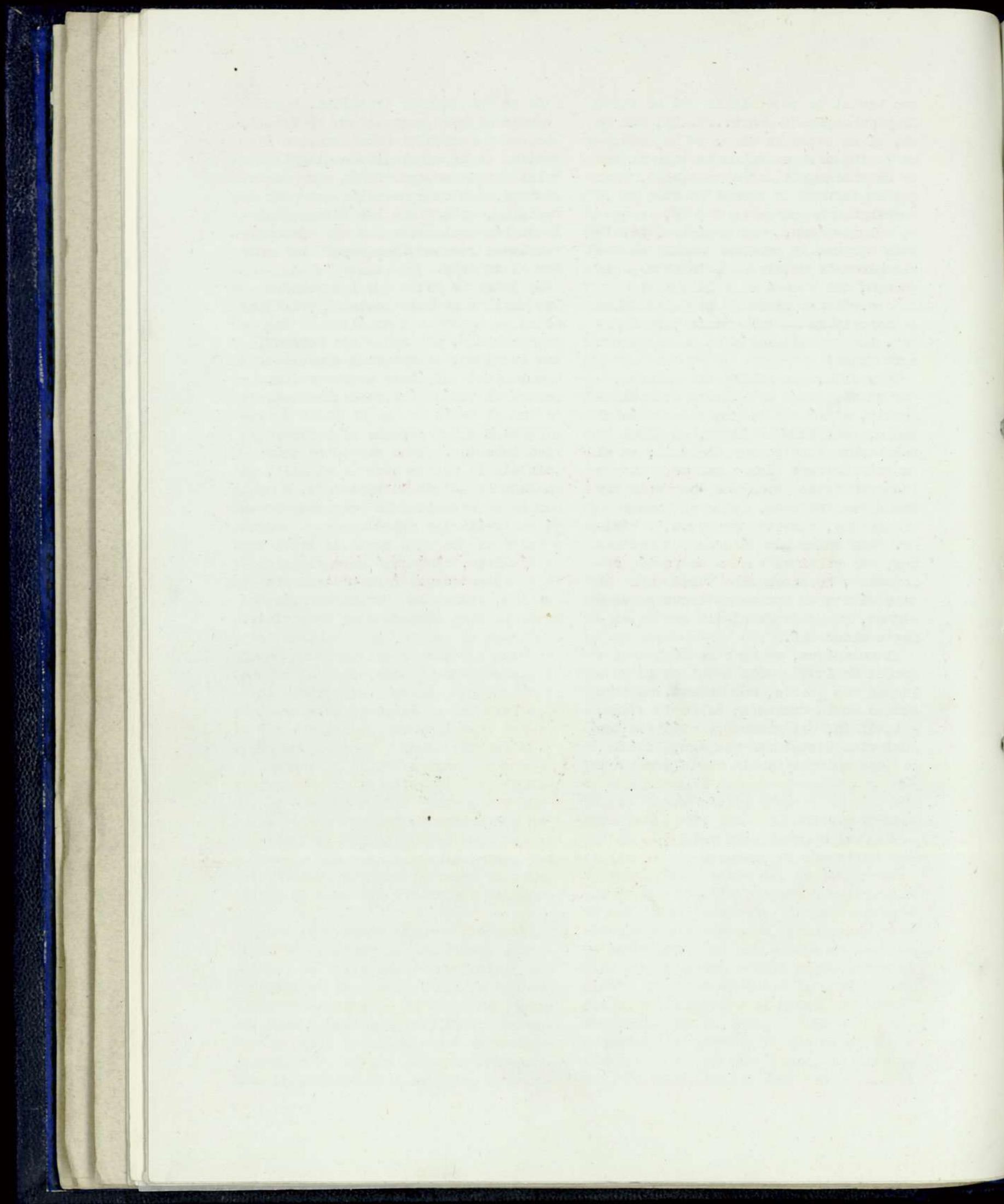
Para ella, que admira sin embargo, por su facilidad de palabra e inteligencia, quizá con cierta coquetería al sabio, como ella le llama, el ideal del hombre es otro muy distinto; es el de sus lecturas bien opuestas a las de los escritores rusos que desprecia por todas sus verdades. Nunca el hombre blandengue, estrecho de pecho, o tímido. Pero estas esporádicas admiraciones, que culminan en una confesión espontánea, no hacen sino hundir más al catedrático en sus angustiosas sensaciones, y empujarle al fin que fatalmente alcanzará.

El desenlace, no es otro lógicamente que el de la victoria total de la voluntad más fuerte, más entera, casi caustica de la muchacha, sobre la otra, aniquilada, del profesor. Hipólito Sergueievich después de una aguda crisis, se deja golpear por la furia desencade

nada de una Varenka irascible, sorprendida en su baño material en el río, radiante su cuerpo de hermosura, que las gotitas de agua reluciendo al sol y resbalando como arroyos desde sus hombros realzan, sin otra reacción que caer de rodillas, extendidos los brazos hacia la visión esplendida que sus ojos contemplan y sus sentidos desean hasta llegar al éxtasis.

De la misma forma que los árboles y las orillas se ennoblecen al reflejarse en la superficie metálica de las aguas del río, el gran Alejo Pechkov, con su pluma, diáfana y ennoblece las emociones de Hipólito Sergueievich. Ora con el tamiz lírico-sentimental, ora con el tamiz de las pasiones intensas nos muestra desnudo el mundo de la vida interior. El no preconiza como Tolstoi "la no resistencia al mal", pero la voluntad de su personaje, propulsor de la necesidad de despertar el espíritu crítico y aplicarlo para llegar a tener un concepto justo de la vida y de sí mismo, fracasará ante el arrecife agresivo de una voluntad agreste y curtida, alimentada por un corazón amigo de la vida intensa y no despacirosa.

Julio ROMERO.-



SANTIAGO ONTAÑÓN

APUNTES
PARA UNA

CONFERENCIA
SOBRE
LA CANCIÓN MONTAÑESA



SANTIAGO OHTAÑON

APUNTES

PARA UNA

CONFERENCIA

SOBRE

LA CAÑCIÓN MONTAÑESA



HAY un verso del gran poeta chileno Vicente Huidobro que crea una imagen de poesía auténtica, al decir: "Una canción conduce el rebaño". Nada más sugerente y perfecto para indicar la canción del pastor que se escucha entre las esquilas resonando al leve balanceo de la marcha. Así, yo quisiera a lo largo de este paseo por las tierras y cielos de la Montaña, acompañarme con una canción. La canción popular crea espontáneamente por la gracia y perfección intuitiva de la gente sencilla española, gracia que a veces llega al grado más alto de la poesía.

A lo largo de este ligero comentario a la canción de mi patria chica, me voy a permitir -en lugar de decir simplemente la canción o copla como mera expresión del lenguaje- cantarla, es decir, repetir la música con su cadencia personalísima y su exacto acento.

Voy a pedir perdón por la osadía y hacer una advertencia sobre una posible creencia en ustedes de una parte de divismo en mi persona. Nada más ajeno. Voy a cantarles íntimamente, sin pretensiones de cantor y menos de cantante, con la misma naturalidad con que cantan los mozos cuando van por la carretera o como cuando un amigo íntimo pregunta por un cantar y se le dice en voz baja a lo largo de las calles de una gran ciudad en los paseos a la madrugada, o simplemente como se suele cantar dentro de un automóvil cuando el viaje es largo y se quiere acortar la distancia. Amistosamente, casi confidencial, quiero entonar las canciones que vais a oír; por ello, si cometo alguna falta os pido perdón. Prueba de que no quiero hacer un concierto es la ausencia total de instrumentos, de toda necesidad si lo que yo pretendiese fuera lucirme como cantante. Así pues, vamos primero a hablar de la canción en sí y dejemos en segundo plano el ejemplo.

Una de las regiones de España mas rica en cancionero es sin duda alguna, la provincia de Santander, la Montaña. Hay un estilo personalísimo de la canción que las gentes llaman "montañés".

Montañés por los cuatro costados -con sangre de marineros y de pasiegos corriendo por mis venas- voy a recordar las coplas primeras recogidas por mis oídos vírgenes y cantadas por la voz adormilada de la chacha Elvira, moza montañesa oriunda de Villapresente, el puebluco que ha dado los mejores piteros de la región.

Tiene la montaña varios tipos de canciones. Subiendo del mar hasta los húmedos y altos bosques del Pirineo, los clasificaremos: hay la canción marinera con sabor a sal y fuerte olor a sardinas apesadas que cantan los marineros para seguir el ritmo de los remos y luego, la canción que pudieramos llamar de bahía, mas desgarrada, con dejes de darsena y de taberna. Con letras mordaces y desenfadas, con acento callejero y a veces soez, pero siempre con un sabor a arrabal y a red mojada.

Voy a cantaros para empezar, una canción marinera, serena, melancólica, para ser cantada bajo la sombra transparente de la vela, mecido por las olas con nostalgia de tierra y amores nocturnos:

A la mar salen los rios
paloma revoladora.
No pongas el pié delante,
deja que corra la ola.
Deja que corra la ola
que corriendo se divierte,
así me divierte yo
cuando voy de noche a verte.
Cuando voy de noche a verte
siempre voy con alegría
porque voy con la esperanza
de ser tuyo y tu ser mía.

Y ahora, otra canción de marinero conocedor de la dureza de la vida de los hombres del mar. Su amante pide que la lleve a la mar y él, por disuadirla, llega a negar su condición marinera, y canta la dulzura de la suavidad de la vida en tierra:

Yo no soy marinero, no,
a la mar no te llevo yo.
No te llevaré alma mía,
a la mar donde tu quieres,

porque fuera de bahía
 se marean las mujeres.
 ¡Ay mi dulce amor!
 Aquí en tierra está lo bueno.
 Mira que es traidor
 ese mar que vés sereno.

- - -

Llegando por la boca del puerto dejando atrás las crestas de las olas, entramos en la calma acogedora de la bahía. Oímos los chillidos estridentes de las pescadoras hablando a voz en grito en la rampa del muelle de Puerto Chico y entre los arrabales que huelen a raba, oímos la voz de sardinera que sale de un balcón donde cuelga a secar una húmeda red color tierra de Siena. La canción dice así

Los hombres de corazón
 se suben por las paredes,
 se meten por los balcones
 a dormir con las mujeres.
 ¡Ay Soledad!, prenda adorada,
 por dormir contigo anoche
 te llaman la descarada
 ¡Ay los higos, los higos, los higos,
 los higos de mis higueras!
 ¡Ay los higos, los higos, los higos,
 los higos se han vuelto brevas!

Perdonad la letra un tanto procaz que exalta una acción que no suelen prodigar personas que se respeten, pero que era imprescindible el repetirla si queremos evocar el arrabal santanderino.

En estas canciones de bahía, de puerto pescador, se aleja la intención poética, para pasar a primer plano la sátira, el comentario cotidiano, la mayoría de las veces el pretexto para poder decir al enemigo algo desagradable. Hay una canción que recorre todo el litoral cantábrico sin que se pueda fijar el punto de origen -aunque yo lo atribuyo mas bien a Santander por el desenfadado y el doñaire- que sirve como tema musical para improvisar letra alusiva a suceso o tema inmediato. En Santander por ejemplo, los pescadores de Puerto Chico que tienen no se sabe por qué una rivalidad antigua con los de Pedreña, pueblecito insignificante del otro lado de la bahía, cantan con esta música la letra siguiente:

Las muchachas de Pedreña
se dicen unas a otras,
las de Santander se casan,
¡Cuando lo haremos nosotras!

estribillo

Otra de las múltiples letras que se cantan con este son, es ésta otra de indudable origen asturiano a juzgar por el diminutivo en "in", característico del habla en Asturias, que dice:

Si tuviera una peseta
como tengo real y medio
compraría un mandilín
con un ringo-rango enmedio

A tu mandil échale
echale un ringo-rango
que retumbe
l'agua
l'arena
que triste se despide llorando
la mí morena.

Después, hay la canción que comenta un suceso. En ésta, la imaginación popular sitúa el suceso comentado dentro de una geografía familiar sirviendo de noticia en forma escueta y precisa. Recuerdo que durante la Gran Guerra entró con averías en el puerto de Santander un submarino de la Flota alemana. Este hecho inesperado conmovió la tranquilidad, apenas alterada por el veraneo neutral de esta ciudad, y el pueblo se hizo lenguas hablando del suceso. El sumergible, que permaneció todo el tiempo que duró la guerra internado, fué anclado en los muelles conocidos por los de los arenales de Maliaño. Muy cerca de éstos una peña, mas bien una pequeña colina llamada del Cuervo...Y la canción dice así:

Subiendo a la peña el Cuervo
y bajando al arenal,
lo primero que se vé,
lo primero que se vé
es el submarino alemán.

Nada hay mas triste que una despedida por mar. Hay toda una tradición de horror a los mares. Es el miedo a los elementos,

a la furia desahogada ante la que no hay defensa posible. Yo recuerdo la salida de los barcos correo del puerto de mi pueblo y no olvidaré nunca las promesas, las recomendaciones y los sollozos desgarrados de los emigrantes que decían adiós a familiares y amigos. Es el dolor de las madres ancianas que ven marchar al hijo, con el presentimiento de no verle nunca más. El de la novia que despide al amante, que marcha a hacer fortuna para realizar sueños creados, en voz baja entre palabras de amor. Es el adiós del ambicioso que marcha lejos en busca de una fortuna fácil. Es, la mayoría de las veces, el adiós del fracasado que cree luchar mejor lejos de su patria contra el infortunio. Es el adiós de los viajes largos en los cuales el regreso suele hacerse con el pelo gris y el cuerpo y alma fatigados. Por esto, las despedidas a la orilla del mar están siempre llenas de melancolía y por lo que la gente del litoral sabe de una filosofía que crea esta canción:

La vi llorando y dije
 ¿Por quien suspiras?
 Suspiro por mi amante,
 le estoy llorando
 la despedida.
 La despedida es corta,
 larga la ausencia.
 Ojitos de mi cara
 tened paciencia.
 ¡La ví llorando!

Si nos detuviésemos en la curva cerrada del puerto podríamos estar varias horas recordando canciones llenas de encanto y sabor local, pero nos esperan los cantares de tierra adentro, con olor a hierba fresca y a tierra húmeda bajo los cañaverales del maíz.

- - - - -

La canción que adormeció mis primeros meses de existencia, es, sin duda alguna, de las más tiernas y de plástica más poética. Un Fray Angelico podría haberla imaginado. En esta canción, la poesía popular se apoya en el mito de los angeles y les hace músicos del instrumento más rudo y primitivo: el tamboril, único instrumento que junto con el pito conoce, y canta y baila a su son la gente sencilla. La canción lleva a manera de introito, de preparación a la copla, dos versos con música diferente y una alusión al mar, que es lo que los flamencos llaman a ciertas notas finales en la falseta de la guitarra, "la llamada

al cante"...Es decir, la preparación, la advertencia, la entrada o simplemente, el poner en situación. La nana dice:

Ea, ea...
Que aquél que no se embarca
no se marca.

Este niño tiene sueño
y no se quiere dormir.
Que venga el ángel de la guarda
a tocarle el tamboril.

Desde luego, en su origen, la canción empieza en el verso "este niño tiene sueño", pero alguien pasó de los primeros versos y música de otra canción, formando una que quizá por esa incoherencia, la hace más extraña, más misteriosa y sonambula.

- - - - -

Entre los cientos de canciones que forman el acervo poético y musical de la montaña hay diferentes tipos de canción que por su ritmo se clasifican en distintos estilos. Hay la canción de carretera, la de ronda, la de baile, la de romería o coro y la simplemente de lírica contemplación. Voy a citaros diferentes ejemplos.

Un modelo de canción de carretera que cantan los mozos para acompañar su soledad cuando marchan de un pueblo a otro, ya caminando libremente, ya ante la pareja de bueyes uncidos a la carreta, muchas veces recostándose perezosamente en el yugo para ayudarse en el andar, mientras con la aguijada cruzada sobre la nuca sostienen los dos brazos en una crucifixión indolente. La canción es así:

Cuando yo no la quería
olé/olé
no la cortejaba nadie
y ahora que yo la cortejo
la cortejan los chavales.

Cuando yo la cortejaba
cuando yo la cortejé
la cortejaba de noche
de noche tenía que ser.

Esta canción que se canta en el valle de Piélagos y que voy

a cantar a continuación, es una réplica a la canción de ronda, es decir, tiene todas las características de este modo. Con-
testa la moza al galán y es parte de un dialogo, respuesta a una pregunta cantada. Dice el cantar:

Por verte niño, por verte fué,
a mi ventana yo me asomé,
por verte niño, por verte fué,
dieron las doce, dieron las tres.

A Rio Nuevo voy por agua,
a Rio Nuevo voy salada.
-No voy por agua,
voy a ver a mi amante
que está de guardia
¡resalada!
que está de guardia,
¡resalada!...

El ritmo y estilo son tan montañeses que es el valle de Piélagos mismo, bebiendo agua clara en el rio de Miera.

En la ronda hay así mismo el desplante. Es siempre una co-
pla corta, valiente y tajante, la mayoría de las veces un re-
proche, una crítica que al amparo de la noche se lanza para a
quél o aquella que quiera recogerla.

En el pueblo de Renedo, encerrado en el mismo valle de Pié-
lagos, oí esta copla valiente y crítica lanzada a toda voz
a las mozas que escuchaban curiosas detrás de las ventanas.

Las muchachas de Renedo
no saben majar terrones,
no saben mas que peinarse, lavarse,
y olé,
y asomarse a los balcones.

Cierta noche, viviendo yo en la casa mas apartada de este
mismo pueblo, me despertó este grito, esta afirmación en for-
ma de canción brevísima:

Que ya no voy a Renedo,
que ya no voy.
Que ya no voy a Renedo,
que ya no voy.

Esta es una prueba justísima de la creación espontánea en la copla popular. El hombre que canta a toda voz su íntimo pensamiento, grita su decisión, lanzándola a los cuatro vientos. Yo me imaginaba al buen hombre, al que sin duda le había ocurrido algún contratiempo, posiblemente un desaire amoroso con una habitante del lugar, y exactamente a la salida misma del pueblo lanza la canción para que, resonando en el cerrado recinto del valle, sea oída por todos sus moradores. La indignación es tan grande que no encuentra nada más que seis palabras, pero las suficientes, para remachar su decisión, dejándola prendida entre los árboles con aire de majeza, como quien dice, "ahí queda eso".

- - - - -

La canción de baile o para el baile, tiene un ritmo saltarín lleno de alegría, y la letra suele ser casi siempre irónica y con alusiones amorosas. Voy a decir dos coplas que se acompañan normalmente con pandereta para animar a los bailarines:

Anda diciendo tu madre
que yo me muero por tí.
Que me muero no es verdad.
Que te quiero mucho, sí.

Dime dueño mio
dueño mio dímelo.
Dime dueño mio
¿quien te quiere como yo?

Mi amante es alto y delgado
como rama de laurel.
No tengo mas sentimiento
que el estar ausente de él.

La primera estrofa lleva ese tono un tanto repipiado de la moza santanderina, con su negación -para que no se haga muchas ilusiones, y luego la afirmación de un gran querer.

La segunda, de un acento popular de la mejor estirpe, tiene dos primeros versos magníficos de imagen: "Mi amante es alto y delgado como rama de laurel". En ellos define la esbeltez del galán, y al recordar la rama de laurel, además de la belleza poética de estas dos palabras, sugiere triunfo y nobleza. El es tribillo, magnífico de ritmo, para ser seguido por el trenzado de los pasos de baile, se repite siempre con una confesión de

(Seguirá en el número próximo)

